

SERMON
DEL ENTIERRO DE NUESTRO SEÑOR
JESUCRISTO.

PARA LA NOCHE DEL VIERNES SANTO.

(DE VALDIGNA.)

Et accepto corpore, Joseph involvit illud in sindone munda; et posuit illud in monumento suo novo, quod exciderat in petra.

Y tomando Josef el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia; y lo puso en un sepulcro suyo nuevo, que habia hecho abrir en una peña.

S. Mateo, c. 27, v. 59 y 60.

Murió la salud de los hombres, falleció la vida de los mortales, acabó sus dias el criador de los meses, de los años y de los siglos; feneció nuestro bien, nuestra felicidad, nuestro maestro, nuestro pastor, nuestro sacerdote, nuestra víctima, nuestro Padre dulcísimo. De un golpe hemos quedado huérfanos de tal padre, y privados de todos los bienes. Maligna envidia, ya habrás quedado satisfecha, pues has vomitado tu veneno contra la mayor inocencia que verán los siglos, contra el héroe mas grande que hay en los cielos y en la tierra. Ya habrás quedado satisfecha, pues te han salido como deseabas todas tus perversas maquinaciones, para dar afrentosa muerte á aquel Señor, á quien has aborrecido con odio implacable, porque daba vista á los ciegos, oído á los sordos, el uso de la lengua á los mudos, libertad á los endemoniados, vida á los difuntos, salud á todos los enfermos, y porque era bienhechor universal de todos los hombres. Ya has logrado verle en una cruz, como si fuera un ladron, y en compañía de ladrones, blasfemado, escarnecido,

desnudo, desamparado, hecho el oprobio de los hombres, el desprecio de una plebe vil, el escarnio de las naciones; con lo cual piensas que su nombre ha de ser borrado de la memoria de los mortales, ó que será el borron de todos los siglos. Maligna envidia, tienes algo mas que hacer? ¿te queda algun veneno que vomitar contra aquel Señor; á quien no solo has atormentado vivo, sino tambien has injuriado difunto, abriéndole el pecho con un golpe de lanza, sin duda porque no querias que le quedase sangre alguna que derramar? Si has hecho todo lo que deseabas, aparta, huye, deja el Calvario, que aquí ya no queda lugar para tu fiereza: Dios ya no quiere mas satisfaccion de su amado Hijo, pues ya la ha exigido toda. Despues de tus crueldades, es razon que tenga algun lugar la piedad; y que tratemos de dar honorífica sepultura á aquel santísimo cuerpo, en quien la rabia de sus enemigos, aliada con el poder de las tinieblas, ha ejecutado cuanto ha querido. Bien quisiera el odio de los pontífices y demas enemigos de nuestro Salvador, que su santísimo cuerpo pasase por las demas afrentas, que eran comunes á los otros reos que morian en el afrentoso suplicio de la cruz, los cuales eran sepultados en el mismo sitio del Calvario, en donde no tenian otra honra, que la de estar entre otros facinerosos. Mas la divina Providencia habia determinado, que el sepulcro de nuestro divino Salvador fuese glorioso y honorífico, como ántes lo habia vaticinado el profeta Isaías (1). Y ¿qué honras y exequias tiene prevenidas el eterno Padre para su Hijo? ¿para aquel Hijo, que por su amor y por su obediencia se sujetó á la impiedad de los juicios humanos y al furor de sus enemigos? ¿Serán sus exequias tan honoríficas, como las que le dispuso Abrahan á Sara (2), Isaac á Abrahan (3), y Betulia á Judit? (4) Muy escasa es esta honra para la que se debe á tan grande héroe. ¿Serán estas exequias como las que hizo Josef á su padre Jacob? Muy honoríficas fueron estas. Murió Jacob en Egipto, y ántes de espirar mandó á su hijo Josef, que su cuerpo fuese trasportado desde aquella provincia á la tierra de Canaan, ó tierra de Promision, en donde estaban sepultados sus antecesores. En cumplimiento de este mandato, así que espiró Jacob, fué ungido su cuerpo con preciosos aromas, y despues de haberle llorado setenta dias, segun la costumbre de los

(1) *Isai. c. 11. v. 10.* (2) *Gen. c. 23.* (3) *Ibid. c. 25.* (4) *Judith. c. 16.*
TOM. II. C.

egipcios, emprendió Josef el largo viaje, llevando consigo el cadáver de su amado padre. Iban en su comitiva todos los senadores y magnates de Egipto; los hermanos de Josef con todos sus hijos, excepto los párvulos; un tren considerable de carrozas y caballos, multitud de sirvientes y un concurso muy grande y muy lucido. Despues de muchos días de viaje llegó esta comitiva á las orillas del Jordan, y habiendo llorado allí por espacio de siete días la muerte de Jacob con muchas lágrimas y demostraciones vivísimas de dolor (1), le sepultaron en aquel mismo sitio que Abrahan compró para su sepultura. Estas son unas de las exequias mas honoríficas que nos acuerdan los Libros sagrados, y acaso serán figura ó sombra de las que el Padre eterno dispuso para su amado Hijo. Murió Jacob el luchador; murió tambien nuestro Señor Jesucristo, luchador invencible, que triunfó de la muerte, del demonio y del pecado. No quiso Jacob ser enterrado entre los infieles egipcios; tampoco quiso el eterno Padre, que su Hijo fuese enterrado entre delincuentes. Estuvo Josef encargado de hacer las exequias á su padre; otro Josef tomó á su cargo el hacerle las honras á su Maestro. Mas ¿dónde están en las exequias de nuestro divino Salvador, el aparato, la pompa, el tren y lucido acompañamiento que tuvo Jacob? ¿dónde las lágrimas y el llanto de tantos días, que son las demostraciones con que se explica el dolor, que ocasiona la pérdida de los grandes héroes? No falta pompa, oyentes, ni faltan lágrimas en estas exequias. Estádme atentos, miéntras que os demuestro, cuán honoríficas fueron las exequias que le dispuso el Padre eterno á su amado Hijo.

Josef de Arimatea, uno de los senadores que componian el supremo consejo de Jerusalem, era discípulo de nuestro Señor Jesucristo, aunque oculto, porque el odio y la envidia, que profesaban al Señor los demas que componian aquel tribunal, inspiraba no poco temor á las personas nobles, que se habian aficionado á la doctrina del Maestro de la vida. Mas así que espiró nuestro Salvador en la cruz, así como el centurion le confesó por Hijo de Dios, convencido de los portentos que observó, sucedidos miéntras el Señor estuvo en la cruz, así tambien Josef,

(1) Gen. c. 50. v. 10.

depuesto el temor que hasta entónces le habia hecho ocultar que era su discípulo, despreciando los riesgos con que le amenazaba el furor de los pontífices, lleno de ánimo y aún de osadía, como dice el sagrado texto, se fué á Pilátos, y le pidió el cuerpo del ya difunto Señor, para darle honrosa sepultura. Esta fué una accion muy honorífica para Jesucristo, pero de sumo riesgo para Josef. Era el suplicio de la cruz sumamente afrentoso: *ninguna muerte era mas ignominiosa que esta*, dice el Padre san Agustin (1). Eran malditos de Dios los que morian en semejante patíbulo, de suerte que mandaba Dios en el Deuteronomio, que en el mismo día en que fuesen ajusticiados estos reos, fuesen depuestos del patíbulo y sepultados, para que no quedara manchada la tierra con el aspecto de tales facinerosos (2). Por consiguiente no habia ejemplar que á ninguno de estos ajusticiados se le diera honorífica sepultura; ántes con la prisa que llevaban para arrojarlos cuanto ántes de su presencia, los sepultaban entre los demas delincuentes en el Calvario. Por donde se ve que esta accion de Josef, no solo llevaba consigo la nota de novedad, queriendo tratar con honra al que era maldito de Dios, sino que por lo mismo era una expresa reprobacion de todo lo que los pontífices, el pueblo y el presidente Pilátos habian ejecutado contra la venerable persona del Salvador del mundo. Esto era significar expresamente, que Jesucristo no era lo que se le habia imputado; que no era ambicioso, ni alborotador, ni blasfemo; y que los pontífices se habian movido de envidia, el pueblo llevado de una precipitacion diabólica, y el mismo presidente de una condescendencia injusta é indigna de un superior. Todo esto queria decir en suma la accion de Josef al querer dar sepultura honorífica á Jesucristo nuestro bien. ¿Cuánta seria la indignacion de sus ánimos, viendo que aquel á quien habian desamparado los públicos discípulos de su escuela, era honrado de los que hasta entónces habian sido apasionados ocultos? ¿y que aquel nombre que ellos habian procurado hacer abominable, habia quien pretendia hacerlo honorífico, dándole sepultura tan distinguida? Si hubiéramos de dar crédito á ciertas actas que se han publicado, que se suponen hechas de orden del emperador Tiberio contra Pilátos, por la injusticia que cometió contra Jesucristo, seria pre-

(1) *Illa morte nihil pejus in omni genere mortium.* Aug.

(2) *Deut. c. 21. v. 23.*

ciso decir, como consta de ellas, que Josef estuvo preso á instancia de los pontífices, por haber dado honrosa sepultura á nuestro Salvador. Pero estas actas no tienen reputacion alguna entre los eruditos, se tienen por falsas y supuestas, y este sagrado puesto en que me hallo, es cátedra de la verdad, de donde debe estar muy distante toda especie de falsedad ó mentira. Lo que es ajeno de toda duda ó por lo ménos muy verosímil, es que nunca dijera el sagrado texto, que Josef llegó con osadía á Pilátos á pedirle el cuerpo de nuestro Salvador, si esta demanda no fuera muy arriesgada, pues no hay osadía sino en aquellas acciones, que tienen mucho riesgo en su ejecucion. Mas así como Pilátos despreció los intentos de los pontífices, y puso en el título de la cruz escrito en tres lenguas, que Jesucristo era legítimo rey de los judíos, así Josef movido de particular inspiracion de Dios, que queria honrar á su Hijo en la sepultura, despreciando los proceder de los pontífices y del mismo presidente, su envidia, su rabia, y todos los riesgos que le amenazaban, lleno de una santa animosidad, llegó á Pilátos, y sin estudiadas sumisiones ni preámbulos de adulacion, le pidió el cuerpo del difunto Señor, para darle sepultura correspondiente á su carácter, ó á lo ménos la mas honorífica que pudiese, para que ya que habia sido deshonorado vivo, fuese honrado difunto. Condescendió desde luego Pilátos á la súplica, y consolado Josef con esta gracia, en compañía de otro discípulo del Señor llamado Nicodémus, prevenidos de cien libras de unguentos aromáticos y de los sudarios precisos para envolver el sagrado depósito, acompañados de criados y de sirvientes, se encaminaron al Calvario, para dar principio á las piadosas exequias del Hijo de Dios.

No es mi ánimo detenerme en descifraros ahora el dolor de estos piadosísimos discípulos, cuando desenclavaron de la cruz el sagrado cuerpo, y examinaron de cerca los efectos de la envidia farisaica y el horrible estrago que hicieron en la inocentísima carne del Hijo de Dios los golpes, las espinas, los azotes, los clavos y la cruelísima lanza. Sus corazones quedaron penetrados de sentimiento, traspasados de una vivísima pena; y tal vez por no aumentar la que martirizaba á la dolorosísima Madre, ahogarian los suspiros, oprimirían los gemidos y desearían contener las lágrimas de sus ojos: harían lo que podrian; mas cuando la pena es mucha, no hay artificio para disimularla. Ce-

de toda industria á la grandeza del dolor: tampoco os quiero referir la amargura inexplicable, que inundó el corazón de la gran Reina del cielo, cuando tuvo en sus manos la corona de espinas que atormentó aquella sagrada cabeza, encargada del gobierno de todo el mundo, y los durísimos clavos, que quitaron la vida al que es vida de todos los que la tienen. Ni os referiré la penetrante espada que atravesó el corazón virginal, cuando tuvo en sus brazos á su difunto Hijo, y le vió todo ensangrentado, herido y trasformado en una llaga desde la cabeza hasta los piés. Acaso entónces haría comparacion de la primera vez que le tuvo en sus brazos, con esta última que le tenía en los mismos. Cuán diferentes habian sido los sucesos! ¡cuánta diferencia habia entre la dulzura de Belén, y las amarguras del Calvario! Entónces todo fueron finezas; ahora todo amarguras: entónces todo delicias del amor; ahora todo aflicciones de la pena: entónces adorado de testas coronadas; ahora vilipendiado entre malhechores: entónces venerado como sumo sacerdote; ahora sacrificado por la envidia de los sacerdotes: entónces reconocido como supremo monarca; ahora reputado por peor que un sedicioso, que un homicida y que un ladrón. Nada de esto quiero referir, porque si me detengo al pié de la cruz, es tanto lo que hay que considerar en este suceso, que me faltará tiempo para que acompañemos á nuestro Salvador hasta el sepulcro.

Así pues que aquellos piadosos varones, acompañados del evangelista san Juan, bajaron á nuestro Señor de la cruz, despues de un breve espacio que permitieron á la afligida Madre que le tuviera en sus brazos, para que esta Señora no desfalleciese en su pena, le quitaron de ellos y comenzaron desde luego á embalsamar el sagrado cuerpo, empleando en esto todas las cien libras de aromas, pues segun costumbre de los hebreos, en la uncion de los cadáveres de las personas nobles se acostumbraba emplear toda esta cantidad de unguentos. Luego fué colocado el sagrado cuerpo en un lienzo de lino muy delgado y grande, capaz de envolver todo el sagrado depósito; y puesto el sudario en el rostro, y afianzado este y la sábana con preciosas ligaduras, Josef, Nicodémus, el evangelista san Juan y el centurion levantaron el sagrado cuerpo, y aplicando á él sus hombros con toda veneracion y respeto, llevando sobre sí la verdadera Arca del testamento, tristes, llorosos, y arrancando

profundos suspiros de lo íntimo del corazón, se encaminaron hácia el sepulcro, seguidos de la afligidísima Madre, y de aquel pequeño número de mujeres, discípulas fidelísimas de nuestro Salvador. Y qué? no hubo mas pompa en este entierro que la que vemos? no hubo mas acompañamiento? ¿no hubo otro concurso que este, que no excede de ocho personas principales? Si ántes os dije, que las exequias de Jacob fueron parecidas á las de nuestro Redentor, ¿dónde está la similitud? Si aquel entierro tuvo un crecido número de personas ilustres que vertían lágrimas, y un acompañamiento tan lucido, ¿dónde está aquí el lucido acompañamiento y la muchedumbre de los afligidos, que lloren la muerte de nuestro amado Dueño? ¿No tiene el Padre eterno prevenidas mejores honras para su difunto Hijo? Sí, amados hermanos míos: otro acompañamiento hubo, otros personajes además de los referidos, que acompañaron á esta piadosa función. Sentemos, señores, por cosa cierta, que Jesucristo nuestro bien no tuvo ángel custodio que le guardase, como le tenemos los demás hombres desde el instante en que se nos infundió el alma racional, porque como Jesucristo es Dios por la unión de las dos naturalezas en la persona del Verbo, no necesita de alguno que le guarde ó le defienda, siendo este Señor el defensor de todos los suyos, contra cuyas fuerzas nada pueden las de sus contrarios. Mas aunque no tuvo ángeles en su defensa y custodia, los tuvo para su obsequio y servicio, y no uno ú otro ángel, sino todos los celestiales espíritus, todo el numerosísimo ejército de estas excelentes criaturas, los cuales se esmeraban á competencia en obsequiar á su legítimo Señor. Así cuando san Pedro hirió en el huerto al criado del pontífice, le dijo el Señor: *vuelve la espada á su lugar: ¿piensas tú, que si yo lo pido á mi Padre, no me enviará al instante doce legiones de ángeles para mi defensa?* (1) De la misma suerte despues que nuestro Salvador venció y burló en el desierto la astucia de Satanás, que le tentó de gula, de ambición y de presunción, al punto estuvieron prontos los santos ángeles para obsequiar á su Rey triunfador, *serviéndole la comida en aquella soledad* (2). Y baste saber que nuestro Señor Jesucristo es tan dueño de los ángeles, como de todas las demás cosas criadas, para comprender, que en cualquier oca-

(1) *Matth. c. 26. v. 52 et 53.* (2) *Matth. c. 4. v. 11.*

sion tenia prontos á todos estos soberanos espíritus para su obsequio y servicio. Pues si los ángeles estuvieron tan prontos á obsequiar á este Señor, cuando consiguió un pequeño triunfo de Satanás, ¿qué obsequio no le harán ahora que acaba de conseguir el mas esclarecido triunfo que han visto ni verán los cielos, en el cual han quedado postradas y deshechas las fuerzas del pecado, de la muerte y del infierno; en que ha sido despojado el Fuerte armado, que por el largo espacio de cuarenta siglos estaba en la tiránica posesion del linaje humano, que gemia bajo tan pesado yugo? ¿Cómo es posible que estos fidelísimos criados dejaran de obsequiar en esta ocasion á su difunto Dueño? No es verosímil esto, oyentes devotísimos; y así es preciso conceder, que en esta ocasion en que el Padre eterno habia determinado honrar á su Hijo, asistirían sin duda los santos ángeles á las exequias y á las honras de nuestro divino Salvador.

Por tanto yo me figuro que desde el Calvario hasta el sepulcro, en donde iban á colocar á nuestro Señor Jesucristo, se formaron los santos ángeles en dos órdenes y en diversos coros, para cantarle las exequias á su legítimo Rey y Señor. Puede ser que los serafines, como ministros de superior jerarquía y mas allegados al trono de la Divinidad, aplicaran tambien sus hombros á llevar el sagrado cadáver; que aunque de él estaba ausente el alma, quedaba unido á la Divinidad. Con este orden y con este acompañamiento comenzó á hacerse esta dolorosísima procesion. No son capaces los celestiales espíritus de sentimiento, porque son bienaventurados, y no es compatible en ellos alguna pena, estando llenos de suma gloria; mas si hubieran sido capaces de dolor, en esta ocasion lo hubieran experimentado tan grande, que hubiera acabado con su vida, viendo á su divino Dueño tan maltratado, tan herido, y aún deshecho á violencia de la furia de sus enemigos. *Entonces*, como dice el profeta Isaías, *hubieran llorado amargamente los ángeles de paz* (1). Mas lo que no hacian las lágrimas, lo hacian las admiraciones y los cánticos. Yo, diria algun ángel, yo fui el que detuvo el brazo de Abraham, para que no descargara el golpe sobre su amado hijo Isaac para el sacrificio: aquel sacrificio fué figura del que este Señor ha hecho en la cruz. ¡Oh, quién hubiera podido detener el brazo de la divina justicia, para que el

(1) *Isai. c. 33. v. 7.*